

VICENTE MENGOD

‘ ‘ ATENEA ’ ’ Y LA CULTURA

FUERON LOS griegos de antaño hombres de imaginación fastuosa. Crearon los mitos para dar forma cifrada a muchas de sus inquietudes. En la entraña de esas libertades metafóricas había una verdad encubierta. Y así, del mito de Eleusys, creación ingenua en su formulación, nacerá la corriente filosófica más duradera de Grecia. Ahí están la espiritualidad del alma y la actual imagen del Cristianismo, la realidad de la muerte y ciertos anhelos de humana supervivencia. El misticismo afila sus armas. Será posible la dulce antinomia de un vivir para la muerte.

Crearon infinitos dioses, con la precisión del poeta que siembra luceros en mares de azul. Atenea llegó a ser el símbolo del progreso intelectual.

¿Qué significan las raíces lingüísticas de ese nombre? ¿La palabra “Atenea” surgió al azar o como resultado de complejas decantaciones psicológicas?

Se nos dice que la diosa, como origen de la vida, nació del agua. Es rayo y torrente, aurora y relámpago, grito victorioso.

Zeus la engendró en su cerebro. Y al nacer, su mirada era brillante. En su mano derecha hubo el resplandor de una antorcha. Sobre las tinieblas proyectó raudales de luz. He ahí la célica metáfora que la hizo protectora de las ciencias y de las artes.

Con el relámpago de su espíritu venció a la Gorgona, imagen de la nube. Con las luces del intelecto despejó la obscuridad. Sus gestos tuvieron una bravura reflexiva.

Aunque inspiradora de la elocuencia, inventó los oficios humildes. Entre espirales melódicas, enseñó a uncir los bueyes, a plantar el olivo. Toda la Cultura se había reunido en la esencia, en la posible almendra de un mito que decía unas cosas sencillas, pero que deseaba

copar muchas verdades en la metáfora célica y antropomorfa de la "Atenea" griega, de la "Minerva" latina.

Hoy día, los filósofos, como base de sus cogitaciones sistemáticas, han desmenuzado en singular análisis los diversos planos de la cultura. De una manera consciente, han socavado sus cimientos, para hacer posible un lógico ensanchamiento de la zona de sustentación. Esa Cultura, de proyecciones ecuménicas, encierra la imagen física del mundo, engloba los temas fundamentales de la vida orgánica, vislumbra el proceso histórico de la especie humana, quiere afinar la estructura y funcionamiento de la vida social, se detiene en actitud filosófica frente a los planos del Universo.

Los hombres sensatos saben que la Cultura ha surgido de la totalidad de la vida, que todo bien cultural tiene una significación viva. Y por lo tanto en ella caben las obras del cerebro que piensa y de la mano que trabaja, las ideas religiosas y los valores subyacentes en las acciones del hombre y en los objetos de su industria. Tal vez, en definitiva, educar no sea otra cosa que reproducir esa cultura, provocando brechas por donde llega la luz, haciendo posible columbrar nuevos horizontes reales y sensibles.

La Revista "Atenea", publicada por la Universidad de Concepción, inició sus rumbos en 1924. Tuvo un propósito. Dar una visión completa y siempre actual de las actividades chilenas y americanas, en primer lugar. Después, tender sus antenas y reteles sobre el ancho mundo de las Ciencias, de las Letras y del Arte. Pero he ahí que la publicación fue creciendo, adquirió madurez, se hizo universal, auscultó la compleja simbiosis de todos los fenómenos culturales. Siendo una revista nacional, hizo suyas todas las pulsaciones universales. Se dirigió, no sólo a grupos de privilegio, ¡a veces tan frágiles!, sino a todos los hombres de buena voluntad, de noble curva sensitiva. En semejante amplitud de miras radica su éxito, su laboriosa permanencia.

La diversidad de los ensayos publicados en las páginas de "Atenea" durante cuarenta años, ha puesto en evidencia un hecho, un programa: La intencionalidad de la cultura consiste en encontrar a la vida humana un sentido universalmente válido. Y fue así, porque cada vez son más intensas las pulsaciones dramáticas que buscan el sentido universal de la vida. Como dijera Marco Aurelio, definiendo alegóricamente la moral y la cultura, "nada interesa a una abeja solitaria, si no encierra un interés para el enjambre". Claro está que tan cristalino pensamiento se hace bastardo, cuando los intereses políticos o nacionales proyectan sus nubarrones. Pero entonces, la Cultura deja de serlo, para convertirse en arma peligrosa.

En la extensa colección de la revista de la Universidad de Concepción fueron publicados ensayos de matiz político. Sus autores, sabiendo que utilizaban una tribuna universitaria, no cayeron en el lamentable error de enfocar la Política en su aspecto práctico. Escribieron para captar la esencia política, para discurrir por su entraña, puesto que la Cultura es "un saber desinteresado", un asedio a la justicia por la justicia misma, un amplio mirador abierto sobre los horizontes de la conciencia jurídica.

Varios son los ejemplos que podrían aducirse. En el número de julio-agosto, de 1955, Hernán Santa Cruz, refiriéndose a "la responsabilidad internacional en la protección y estímulo de los derechos humanos", escribe: "La generación actual tiene la obligación imperativa de asumir un papel de combate —activo y pleno de audacia— en la defensa de la democracia, la libertad y los derechos humanos, no sólo en Chile, sino que también en todo el mundo, especialmente en nuestra América".

Ese afán de universalidad, de íntima colaboración, se hace programa activo en las disquisiciones de Antonio Pagés Larraya. Su trabajo fue publicado en abril-mayo, de 1957. Se titula, "Urge reformar el diálogo americano". Dice el ensayista: "El dolor y el sacrificio exaltan la fraternidad auténtica. El restablecer el diálogo ensanchará la resonancia del escritor americano y le ayudará a enriquecer, en nuestras perspectivas, la proyección de su tarea. Legados del ayer, creaciones del presente, proyectos para el porvenir, serán así partes vitales de una cultura fértil, comunicada, con aliento universal y la peculiar expresión del Nuevo Mundo".

Celebrando el centenario del Código Civil Chileno, Pedro Lira Urquieta, en noviembre de 1955, hace suyas unas palabras de don Andrés Bello, cuya versación e instinto jurídicos enfilaban rumbos de evolución cultural: "Las transformaciones del orden político, y el sucesivo incremento del poder y de la riqueza influyen sobre las costumbres, sobre el derecho civil, que es en todas partes su imagen".

Y esto quiere decir que, así como la Cultura no es estática, el Derecho de una nación, semejante a su lengua, no está nunca fijo. Su existencia es una serie de rítmicas alteraciones, con el solo objeto de ensanchar los horizontes felices y justos del hombre aislado y del ciudadano gregario.

La Ciencia, en todas sus contradictorias manifestaciones, ha sido tratada en estas páginas. El doctor Pablo Krassa, en el número 360 de "Atenea", se refiere a la obra científica de Alberto Einstein. Y entre sabias acotaciones, comenta: "Conocer la verdad, que es una sola, única, quitar un poco los velos que la envuelven, como dice

Schiller en su poema de la imagen velada de Sais, fue para él sin duda la satisfacción óptima que anhelaba".

Leopoldo Muzzioli, después de haber analizado las concepciones de físicos de alcurnia, llega a una conclusión amplia, esperanzada, como un acicate del fluir cultural científico: "La Física moderna produce un deslumbramiento doloroso, que perturba, emociona y a veces espanta por sus aspectos incomprensibles. Es necesario mantener los ojos abiertos y sufrir el tormento de ese deslumbramiento".

Tal vez de esa manera, nuestra mente se acostumbrará a ver e interpretar la nueva y maravillosa concepción del Universo físico. Esa Ciencia, terrícola y lejana, particular y colectiva, puede y debe informar los actos del hombre universal. Bello desafío a toda estrechez de miras. Nada más noble que alumbrar la capacidad de análisis, dando a la savia del vivir humano originales concentraciones de las cuales se nutre el progreso de la humanidad.

La visión del fenómeno americano ha sido uno de los temas estudiados con más reiteración. Milton Rossel y Lautaro Yankas, entre otros, fijaron el origen y proyecciones del "criollismo". Las ideas estéticas de muchos de los escritores de Hispanoamérica sufrieron el asedio de muy finos analistas. Quizás, para llegar al convencimiento de que los hombres, inmersos en su paisaje, siendo iguales, tienen sus predilecciones y su manera de sentirse vivir en el mundo.

Sin duda, gran parte de las pulsaciones filosóficas actuales están recogidas en diversos ensayos.

Precisamente, en esa cuerda floja de la lucubración trascendente, "Atenea" ha mostrado una elegante imparcialidad. Las profesiones de fe alternan con los disparos furibundos. Porque todo eso es la **Cultura**.

Waldo Ross, en el número 357, escribe: "La Filosofía y la Religión siempre servirán para justificar esa infinita estupidez humana, tan bien comentada por Voltaire".

Y completando su pensamiento, agrega: "Pero volviendo a Dios, nos cabe decir que su personalidad es sentido, dirección, antes que fundamento último de toda existencia posible. Dios se gesta en el transcurso de la fe. Por eso Dios es el Eterno Compañero, que rechaza la Soledad, esa Soledad de excomunión y secreto eterno...".

Don Enrique Molina discurrió por los enrejados de la filosofía griega, llegó a intuir los umbrales metafísicos de la muerte. Luis C. Fuentealba, en diciembre de 1957, estudia el problema de Comte frente a la realidad. Justificando la dimensión científica del filósofo francés, anota: "El sino de la filosofía, a través de su historia, es el de apoyarse ora en la religión, ora en la ciencia, buscando con ellas

o a pesar de ellas respuesta a las interrogantes que queman en el espíritu del pensador: ¿qué es la existencia?"

Libertad, independencia, he ahí los bastiones de una revista ecuménica de Ciencias, Letras y Artes.

El contenido de la Cultura es el conjunto de los productos humanos, materiales y espirituales, obras de arte, adquisiciones de la industria, verdades científicas e ideales religiosos. El hombre, convencido de que los problemas de su tiempo se hacen y destejen al filo de los acontecimientos, necesita descubrir y valorar los hechos que le salen al paso, discriminar los ecos del fluir vital, viendo las diversas preguntas que se dibujan en todas las latitudes. De ahí, la necesidad de una antena selectiva, pero abierta a todos los horizontes del cuerpo y del espíritu.

"La Cultura, ha dicho Scheler, es humanización, pero esta humanización se refiere tanto al proceso que nos hace hombres como al hecho de que los productos culturales queden humanizados".

Aspecto tan importante de la existencia humana requiere, para su cabal expansión, una libertad, múltiples facetas del pensamiento libremente expresado.

De esta forma, el devenir cultural, río caudaloso sin fondo, se rehace a cada instante. Y el hombre vive la Cultura, evita su personal naufragio.

Así se nos presenta el camino recorrido en esos cuarenta años de "Atenea".

Los rumbos que le fueran trazados desde su nacimiento se han afirmado. La Revista es un vehículo de saber puro y desinteresado. Disímiles parcelas de la fluencia cultural sufrieron la acotación y el análisis. Varios trabajos dedicados a estudiar el arte antiguo y moderno atesoran noble validez de doctrina.

No en vano, "Atenea" es relámpago y aurora, antorcha y bravura reflexiva.